



UN PAÍS PROCLIVE A LAS CATÁSTROFES  
LOS RIESGOS DE VIVIR EN MÉXICO SEGÚN TRES VIAJEROS  
FRANCESES DEL SIGLO XIX

JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS

Entre las características de la literatura de viajeros y residentes extranjeros relativa a México en el siglo XIX se cuentan ciertas orientaciones acordes con la nacionalidad de los autores. Entre los británicos llega a predominar, sobre todo en las obras más tempranas, un interés por el perfil económico del país y las posibilidades de inversión en él. Los estadounidenses muestran aguda curiosidad sobre el sentimiento republicano que los mexicanos dicen profesar, así como sobre sus capacidades ofensivas y defensivas. Los alemanes se inspiran visiblemente en Alexander von Humboldt y ofrecen descripciones detalladas de la naturaleza mexicana, además de interesarse mucho en la diversidad etnográfica de la población. En cuanto a los franceses, uno de sus temas preferidos es el riesgo potencial de vivir en México, con información sobre lo que desde este punto de vista espera a los inmigrantes. Entre los principales peligros se cuentan los fenómenos catastróficos relacionados con el medio geográfico, aspecto al que se dedica este texto.

Para ventilar la preocupación francesa se abordarán tres autores de mediados del siglo XIX que informan y reflexionan sobre las epidemias, los miasmas, los temblores y las erupciones volcánicas, todos ellos fenómenos adversos a la inmigración europea en diversas regiones de México. En primer lugar tenemos a una supuesta madame Giovanni, que en realidad era madame Callegari, una mujer inquieta y muy observadora que en 1854 se traslada brevemente a México tras una estancia difícil en California en los años previos. Sus memorias sobre lo vivido en Estados Unidos, México y otros lugares

fueron publicadas en 1856 bajo la autoría del famoso escritor Alexandre Dumas, sin que al parecer éste haya modificado las informaciones que la referida viajera ofrece sobre México.<sup>1</sup> El segundo autor es Mathieu de Fossey, quien, tras un fallido intento de colonización francesa en las riberas del río Coatzacoalcos (1829), vive en el país hispanoamericano dedicado a las labores docentes hasta aproximadamente 1856, lo que le permite escribir dos libros de gran interés para nosotros.<sup>2</sup> Finalmente se presentará a Denis Jourdanet, un médico graduado en las universidades de París y México que durante tres estancias en México entre 1842 y 1867 estudia el efecto de las altitudes sobre la salud humana, con un énfasis particular en los procesos de respiración.<sup>3</sup> La exposición sucesiva de los autores demostrará cómo el estudio científico del último de ellos constituye

<sup>1</sup> El título del escrito en francés es *Taïti, Marquises, Californie, Journal de Madame Giovanni, redigé et publié par Alexandre Dumas*, 4 v., París, A. Cadot, 1856. De esta obra hay una traducción al español que se citará en este artículo: Alexandre Dumas, *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*, introd. de Jacqueline Covo, trad. de Juan José Utrilla, México, Banco de México, 1981. Véanse los testimonios sobre la verdadera identidad de la viajera en la introducción de Covo, p. 31-32, donde señala que alguna vez se supuso que madame Giovanni sería la condesa Dash, aunque contra ello habla un documento de la legación francesa en México que se refiere a una señora Callegari que, por las circunstancias de su viaje y su residencia, resulta identificable con Giovanni.

<sup>2</sup> Los libros en cuestión son *Viaje a México* (México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844) y *Le Mexique* (París, Henri Plon, 1857). Su nombre completo era Henri Mathieu de Fossey. Sobre su vida en México, véase Estela Munguía Escamilla, “Henri Mathieu de Fossey: colonizador, profesor y escritor”, en Leticia Gamboa Ojeda, Guadalupe Rodríguez y Estela Munguía Escamilla (coords.), *Franceses. Del México colonial al contemporáneo*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011, p. 67-88.

<sup>3</sup> Entre sus obras científicas dedicadas a esta cuestión destacan *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l’homme* (París, J. B. Bailliére et Fils, 1861), *L’air rarifié dans ses rapports avec l’homme sain et avec l’homme malade* (París, J. B. Bailliére et Fils, 1862) y *Le Mexique et l’Amérique tropicale. Climats, hygiène et maladies* (París, J. B. Bailliére et Fils, 1864). Realizó sus estancias en México durante esos años, con interludios en Francia. Sobre su vida y actividades puede verse Gabriel Auvinet y Monique Briulet, “El doctor Denis Jourdanet: su vida y obra”, *Gaceta Médica de México*, v. 104, n. 4, julio-agosto de 2004, p. 426-429.

un resultado lógico del tipo de experiencias vividas por los europeos trasladados a México durante esas décadas.

*Madame Callegari: experiencias de una parisina  
en California y México*

La parisina madame Callegari ensaya en San Francisco una vida dedicada al comercio y experimenta ahí —en compañía de su esposo— la atmósfera de extrema incertidumbre y lucha por la vida que caracteriza a esa ciudad hacia mediados de siglo. Para Callegari esta estancia significa una vivencia cotidiana de catástrofes incendiarias, de las que ella misma no logra librarse. Al poco tiempo de llegar a San Francisco presencia ya un par de incendios, los cuales, según se entera pronto, son frecuentes y deliberados. Por ser voluntariamente causadas, estas conflagraciones arrasan hasta con casas sin chimenea y habitadas por gente advertida de los riesgos del fuego. El trasfondo de estos incendios es la busca de ventaja económica, tal como leemos en su texto: “Ese fuego servía a muchos intereses; para empezar pagaba las deudas de todos los damnificados y ofrecía un pretexto a quienes estaban en bancarrota. Además daba trabajo a los carpinteros, cerrajeros, etc.; por último, permitía hacer especulaciones...”<sup>4</sup>

Como ejemplo de tales especulaciones Callegari menciona el predicamento de una mujer recién emigrada cuyo mobiliario supestamente se habría consumido en una bodega durante un incendio. Sus muebles fueron encontrados posteriormente en una casa de mala nota por un conocido, porque en realidad habían sido robados y vendidos, lo cual demostraba una vez más la oportunidad del saqueo durante los incendios.<sup>5</sup> La visitante extranjera atestigua que los saqueadores de entonces se arriesgaban a ser castigados por la Ley Lynch, aunque también era frecuente en esos años que no se les lograra aprehender. Para desgracia de Callegari y su marido, ellos también pierden su patrimonio comercial en uno de esos incendios.<sup>6</sup> Recuperada de la pérdida y con un poco más de recursos, Callegari

<sup>4</sup> Dumas, *Diario...*, p. 237.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 237-238, 241.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 250-254.

opta por desplazarse a Europa, razón de su viaje por mar a México, concretamente a Acapulco, desde donde se traslada a la capital para luego dirigirse hacia el Atlántico. En el ínterin, Madame Callegari hará una estancia en la capital que dura varios meses a partir de marzo de 1854, según se colige de su relato.

En la ciudad de México, Callegari se aloja en La Gran Sociedad, el principal hotel del lugar. ¿Qué mayor desastre podía esperar una viajera como ésta tras lo vivido en San Francisco? Pues bien, si la ciudad norteamericana le ha deparado un incendio, México le regala eso mismo y pronto suma algo más, aunque la experiencia del fuego ahora no será la misma que la californiana.<sup>7</sup> Un grito de “¡Fuego!” la despierta una noche hacia las 2 de la mañana y la obliga a levantarse y empacar apresuradamente sus pertenencias, acción que finalmente se revela innecesaria ante el hecho de que las llamas no se propagan con el furor que conoció en California. Surgido en las cocinas del mismo hotel, cuya sede es un edificio contiguo al de habitaciones, el incendio transcurre con lentitud y entre construcciones mucho menos inflamables que las de San Francisco. Si bien en la ciudad de México no hay un cuerpo de bomberos propiamente dicho, Callegari señala que se dispone de una partida de voluntarios y soldados que acarrear agua desde el pozo más cercano. Carentes de bombas y precisados a usar unas cubetas que pasan de mano en mano, estos auxiliares no controlan el fuego con particular rapidez. El proceder es así marcadamente elemental, y esto se debe a que en México los fuegos son muy raros, por lo que no despiertan una preocupación continua. Más desazón producen los saqueos en este tipo de ocasiones, de suerte que el gobierno en turno<sup>8</sup> procede con gran severidad en su castigo, dispuesto a colgar a cualquier ladrón aprehendido. Este rigor policiaco es elogiado por Callegari al recordarlo, tanto como que en ello se nota una mayor inteligencia que en el uso de cubetas.

Un incendio en México resulta, por ende, casi inocuo: “el fuego, viendo que no querían hacerle mayor daño, tomó el partido de

<sup>7</sup> El relato del incendio, en *ibid.*, p. 472-475.

<sup>8</sup> Encabezado por el famoso general Antonio López de Santa Anna. Se trata de la última de sus múltiples administraciones, verificada entre 1853 y 1855.

apagarse por sí solo... el verdadero bombero fue una enorme pared contra la cual fue a morir el fuego”.<sup>9</sup> Las cocinas del hotel terminaron consumidas y fue necesario reconstruirlas; el material y la organización de las edificaciones se mostraron, en cambio, resistentes a los estragos del incendio.

Una epidemia de cólera constituye el segundo episodio catastrófico de Callegari en México, si bien éste con alcances mucho más dramáticos. La enfermedad cobra la vida de muchas personas, incluso notables, como la célebre cantante de ópera Henriette Sontag, artista alemana que por entonces realizaba una gira en México. El estallido de la epidemia no sorprende a Callegari en la ciudad de México sino en San Agustín de las Cuevas, Tlalpan, sitio cercano donde se celebran unas afamadas fiestas anuales de apuestas. Congregados en el sitio, individuos de todo tipo y condición juegan al *monte* y otros pasatiempos, lo cual ofrece una buena oportunidad para estudiar comportamientos sociales típicos de México. La parisiense describe así la manera en que la enfermedad irrumpió:

De pronto, a la mañana del miércoles resonó un grito, el cual hizo estremecerse a todo el mundo, de modo bien distinto que el grito de “Fuego”, que me había hecho saltar en camisa de mi lecho:

¡El cólera!

Que se figure el lector una bomba que estallara en mitad de una bandada de pájaros.

¡El cólera! No fue más que un grito que pasaba de boca en boca.

Y luego, como si el cólera hubiera podido detenerse en el que había anunciado su llegada, todo el mundo huyó.<sup>10</sup>

El escenario es entonces de desbandada y, aunque algunas personas pretenden continuar con las apuestas, todo acaba al día siguiente cuando un jugador, indispuerto inopinadamente, desfallece en el lugar de apuestas para morir apenas media hora después. El miedo triunfa y un momento climático llega al saberse que el mismo dueño del establecimiento de juego se debate entre la vida y la muerte. La viajera establece un paralelo explícito entre este inesperado azote de

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 475.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 482.

cólera y la difusión del fuego, fenómeno del que ya sabe bastante: “a las 11 de la mañana el pequeño pueblo de San Agustín... estaba solitario y muerto, como si en él hubiese estallado un incendio”.<sup>11</sup>

Desde luego, en una población pequeña como San Agustín, el estrago epidémico es pequeño al compararlo con la mortandad capitalina. De ésta nos dice Callegari que “era como una de esas maldiciones que el Señor dejaba caer sobre las ciudades malditas”, de manera que “la muerte diezmo la ciudad durante seis semanas... [y] es imposible formarse una idea del aspecto de la ciudad de México durante la epidemia”.<sup>12</sup> Lo más visible era la reacción religiosa de los habitantes, manifiesta en un ir y venir del viático por las calles de manera un tanto fantasmagórica, sobre todo por las noches, cuando una carroza blanca y dorada portaba el sacramento con un arrastre de dos mulas igualmente blancas y un séquito de sacerdotes provistos de velas y linternas que entonaban cantos fúnebres intercalados con el tintinear de una campanilla. En el relato de Callegari el clero y “el amo” (el viático) constituyen los principales actores callejeros del episodio, sobre todo cuando se multiplican los vehículos portadores del óleo sagrado a lo largo y ancho de la ciudad. Activo en la provisión de socorros estaba cierto número de extranjeros, entre ellos el personal de las legaciones. Su condición de forastera explica que a Callegari llegara un buen número de noticias sobre las actividades de estos médicos y diplomáticos, las cuales gustosamente transmite. Relata que los extranjeros también padecieron, de lo que fue ejemplo el triste funeral de un secretario de la legación inglesa, hombre joven y querido que había sucumbido en cosa de unas horas y encontró sepultura en el cementerio protestante situado en las márgenes de la ciudad. Otra situación dramática narrada por ella es el deceso de la ya mencionada cantante Sontag, a quien Callegari había escuchado y admirado poco tiempo antes de la epidemia.

Los franceses son los extranjeros que más pérdidas padecen por entonces, si nos atenemos al relato de Callegari.<sup>13</sup> Según ésta, la

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 484.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 485.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 486.

epidemia constituye también una gran ocasión para el despliegue de médicos de esa misma nacionalidad, que no sólo atienden a sus connacionales contagiados sino también a un buen número de mexicanos, sin hacer distinción de ricos y pobres. Callegari se convierte así en testigo de una atención científica loable que, en su opinión, no es inferior a la desplegada en las epidemias de Barcelona, Varsovia o París hacia 1833. Entre los médicos franceses destaca al ya mencionado Jourdanet, quien en su momento se ve en la situación de atender y salvar a la propia Callegari cuando ésta cae enferma en su hotel. El prestigio de Jourdanet se acrecienta en el contexto de esta plaga de cólera, nos informa la parisina, pues lo mismo atiende y cura a empleados de la legación francesa que al muy acaudalado e influyente empresario mexicano Manuel Escandón.

Sobre el crecido número de muertos habidos en México por esta epidemia de cólera, sostiene Callegari que “la organización más vigorosa no hubiera resistido”.<sup>14</sup> Todo indica que se refiere a la atención, prevención y cura ofrecidas por el gobierno y la sociedad, y aunque es cierto que ella no ilustra sobre la suerte de las clases medias y pobres durante la epidemia, justo es decir que su relato da una idea convincente del impacto de la enfermedad en los sectores más pudientes y diplomáticos, donde la atención médica y la sepultura de las víctimas implicaron la participación de individuos prominentes. Perturban sus observaciones sobre el duelo generalizado, extendido a expresiones claras de catarsis, como los carruajes formados en hileras que se suman al cortejo de la gente más querida o encumbra-da, llevados ahí por una espontánea y libre iniciativa de sus dueños.

El relato de viaje de Callegari publicado por Dumas en 1856 no incluye finalmente el trayecto de la viajera hacia Veracruz y su ruta posterior. Es de asumir que la dama se haya trasladado a Europa y ahí haya podido obsequiar o vender su escrito al famoso escritor. Como testimonio de sus vivencias en México, queda un relato que no incluye mayores reflexiones estadísticas o científicas sobre los incendios o enfermedades en Estados Unidos y México, aunque sí observaciones reveladoras sobre la forma en que actúa y da sentido al desastre la sociedad de cada país, precisando la atmósfera emocional y las reac-

<sup>14</sup> *Idem.*



ciones colectivas de cada caso. Mientras en San Francisco no tarda en haber cambios en el tipo de construcción y los recursos técnicos empleados para el ahogo de los fuegos,<sup>15</sup> algo comprensible ante la alta incidencia de éstos en edificaciones inflamables y la existencia de un interés económico respecto de ellos, en México no parece haber la intención de modificar la manera de afrontar esas conflagraciones, tan poco comunes y más bien temidas por los saqueos. Sin embargo, cuando se trata de una auténtica catástrofe, como la epidemia de cólera, es a la Providencia —al “amo”— a lo que se recurre en México con una peculiar mezcla de impotencia y catarsis desatada por la desolación y la incertidumbre, según nos deja ver la mirada de esta viajera.

*Mathieu de Fossey: la quebrantada salud de un emigrante*

Las experiencias de Callegari vinculadas con la catástrofe sanitaria no son las primeras plasmadas en un texto francés sobre México, aunque sí tienen la singularidad de su marco comparativo entre México y Estados Unidos y del conciso cotejo entre México y países europeos como España, Francia y lo que actualmente es Polonia.<sup>16</sup> Una vivencia de este mismo tipo la había tenido Fossey, quien se había relacionado con un grupo de emigrantes franceses trasladados a las riberas del río Coatzacoalcos para colonizar la región en 1829.<sup>17</sup> Se trata, en fin, de un proyecto de poblamiento del Istmo de Tehuantepec para establecer la tan anhelada comunicación interoceánica con que se esperaba impulsar el comercio del mundo entero me-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 243. Por ley, las construcciones tienen que ser de piedra en donde hubo alguna de madera consumida. Además, se ha dispuesto que se cavén pozos artesianos en cada esquina.

<sup>16</sup> Se recordará que para entonces Polonia había sido repartida entre Rusia, Prusia y Austria.

<sup>17</sup> Véase una relación reciente, como parte de una investigación sobre los franceses en México, en Gerardo Manuel Medina Reyes, *Venidos allende el Atlántico. Inmigrantes franceses en Veracruz, 1821-1861*, tesis de maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, p. 56-60.



dante el contacto entre el Pacífico y el Atlántico.<sup>18</sup> Llevado al desastre por no haberse preparado la recepción de los colonos franceses ni acondicionado adecuadamente los terrenos a trabajar,<sup>19</sup> además de haberse subestimado el aislamiento del sitio, este plan se revela inviable para los emigrantes y los organizadores, todos los cuales terminan por claudicar.<sup>20</sup> Trasladado a México desde El Havre por el bergantín *Petit Eugène*, Fossey ha sido uno de esos individuos esperanzados en forjarse un destino próspero como colono del Nuevo Mundo. Pasado el desastre, este nativo de Dijon se labrará un buen destino en México, pero no como colono sino como catedrático de gramática general e idioma en el Colegio Nacional de Guanajuato y como director de las Escuelas Normales de hombres y mujeres en el estado de Guanajuato y el territorio de Colima.<sup>21</sup> Asimismo, será autor de dos libros de viaje por México, el primero en español (*Viaje a México*, 1844) y el segundo en francés (*Le Mexique*, 1857), con la peculiaridad de que este segundo volumen contiene

<sup>18</sup> El viajero Humboldt había vuelto a poner este proyecto en la mira de los intereses políticos y económicos de México y otros países. Se trata de una empresa que ya había acariciado el mismo Hernán Cortés en el siglo XVI y que siempre volvían a proponer, en los siglos posteriores, funcionarios y particulares. El pasaje de Humboldt en cuestión: Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, trad. de Vicente González Arnao, ed. de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1966, p. 7-17.

<sup>19</sup> Los empresarios franceses que organizan esta campaña de colonización son Laisné de Villévêque y François Giordan, en tanto que de parte de México las gestiones corren por parte de Tadeo Ortiz de Ayala, comisionado del gobierno para el proyecto.

<sup>20</sup> Ciertamente, tras un primer momento traumático en que los colonos constatan la falta de preparativos y varios de ellos mueren o se alejan del lugar, un cierto número se concentra en el trabajo y cultivo de algunos terrenos, lo cual resultará en vano al llegar la estación de lluvias, ya que éstas lo inundarán todo. Los mosquitos fueron, por otra parte, un motivo de martirio adicional y constante para los franceses que deseaban emigrar a las orillas del Coatzacoalcos.

<sup>21</sup> Véase Munguía Escamilla, "Henri Mathieu de Fossey...", *passim*. En relación con su labor docente, será autor de un *Método que se ha de seguir para aprender el francés o enseñarlo*, s.l., s.a., así como de un *Compendio de gramática castellana, con anotaciones para la ilustración de los profesores de primeras letras*, publicado primeramente en Guanajuato por Juan Evaristo Oñate, 1855, y reeditado en Aguascalientes por Ávila y Crévi, 1861.

al primero y añade nuevos recorridos por México junto con un amplio cuerpo de notas.

El lector puede suponer por qué la cuestión de la salubridad del medio geográfico de México se vuelve un tema para la reflexión científica y social de Fossey, llevándolo a preguntarse sobre el verdadero potencial de México para una colonización por europeos o, en términos de este mismo autor, por personas de raza blanca. El emigrante no tarda en concluir que el principal obstáculo natural para la colonización de las zonas bajas y tropicales son las fiebres atáxicas, intermitentes o continuas, que invariablemente diezman a los europeos cuando no se toman las prevenciones sanitarias ni se dispone de remedios médicos adecuados una vez declarada la enfermedad. La mortandad causada por estas fiebres puede ser repentina y cuantiosa. Éste fue el caso en las riberas del Coatzacoalcos, donde perecieron aproximadamente 60 colonos franceses de un total de 350, según los datos de Fossey,<sup>22</sup> lo que es prueba elocuente del alcance epidémico de ese mal. Es claro que los inicios de la emigración francesa al México independiente no fueron afortunados.<sup>23</sup>

Instalado ya por varios años en la ciudad de México, Fossey tendrá oportunidad de constatar los inconvenientes sanitarios del lugar, cuya temperatura amable o “clima bello” no corrige sus desventajas.<sup>24</sup> Así, por ejemplo, cuando el agua de las alcantarillas rebasa sus límites en la estación de lluvias y las acumulaciones consecuentes causan una pudrición maligna, sólo los vientos continuos

<sup>22</sup> Fossey, *Viaje a México...*, p. 36; *Le Mexique...*, p. 17 (pasaje este último en que se califica a las fiebres de atáxicas, lo que no ocurre en el pasaje original del *Viaje*, integrado a este segundo libro).

<sup>23</sup> Sin embargo, conviene señalar que el intento de colonización junto al Coatzacoalcos no fue el único emprendido por emigrantes franceses en México durante la primera mitad del siglo XIX. Poco después de ese desastre se inició el establecimiento de una colonia francesa en Jicaltepec (también en el estado de Veracruz), la cual sí perduró pese a no haber respondido a expectativas tan grandiosas como las del proyecto de Coatzacoalcos. El exitoso inicio de Jicaltepec se debió, al parecer, a que el asentamiento no fue organizado por empresarios, como había sido el caso de los terrenos anejos al Coatzacoalcos. Sobre la colonia de Jicaltepec, Fossey, *Viaje...*, p. 171, y *Le Mexique...*, p. 318. En este último pasaje Fossey menciona un huracán que en 1853 destruyó los campos de Jicaltepec y sumió a los colonos en la miseria. Sobre Jicaltepec, puede verse también Medina Reyes, *Venidos...*, p. 59-63.

<sup>24</sup> Fossey, *Le Mexique...*, p. 335-336.

evitan genuinas epidemias que podrían diezmar a la población. Pero el factor más decisivo es la altitud de la capital (más de 2000 metros), que implica privar al cuerpo humano de una transpiración idónea, carencia que sólo se remedia mediante la práctica de un ejercicio regular. Llevar una vida sedentaria en esta altitud y entre emanaciones pútridas como las referidas imposibilita el trabajo mental prolongado, cuyo mero esfuerzo puede originar además dolencias nerviosas que a la larga impiden cualquier actividad. Fossey se ve precisado a buscar otro sitio para vivir, y así es como en 1837 opta por establecerse en Oaxaca. Los malestares nerviosos y digestivos causados por la vida en la capital le han resultado muy desgastantes, como una fatalidad oculta tras lo agradable y radiante del clima.

La estancia en Oaxaca no produce la cura definitiva y Fossey realiza un viaje a Francia para convalecer, tras el cual regresa de nuevo a la ciudad de México. No tarda en padecer una vez más los males descritos, aunque ahora con una intensidad renovada que lo lleva a sentirse del todo incapacitado para cualquier actividad mental y obligado a moverse una vez más por el interior del país. Como parte de su peregrinar, Fossey pasa por Colima y decide residir un tiempo ahí. El sitio lo mejora sensiblemente del malestar pero a condición de usar una vestimenta ajustada al fuerte calor de las mañanas y las tardes.<sup>25</sup> Este nuevo entorno implica el riesgo de desarrollar reuma y fluxiones de pecho, además de las habituales y funestas fiebres atáxicas. Constata asimismo que se debe dar mucha atención a los alimentos, pues hasta los más inocuos, como lácteos, pescado y frutas, resultan tóxicos al estómago y causan indisposiciones penosas que por fortuna no conllevan el riesgo de muerte. Pese a ello, Fossey sostiene que su estancia en Colima es soportable y reconoce que en esta ciudad goza de una mejor actividad mental. Sin duda, en esto ve confirmada su idea sobre la ventaja de vivir a poca altura sobre el mar.

En las páginas dedicadas a lugares y formas de vida en el altiplano o gran meseta de México, y un tanto como capitulación, Fossey señala que las altitudes cercanas a los 1300 metros alojan lugares muy salubres y climáticamente hospitalarios. En consecuencia, Guadalajara

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 401.

le parece una ciudad muy saludable, no obstante tener una temperatura más elevada que la ciudad de México. Solamente en un flanco de la ciudad tapatía se encuentra un lugar insalubre (Mexicalcingo), donde las aguas contaminadas de inmundicias propician fiebres intermitentes.<sup>26</sup> Se trata, sin embargo, de un problema solucionable mediante trabajos de saneamiento. Si desde Guadalajara se avanza hacia la parte céntrica y elevada del altiplano, entonces las condiciones de salubridad empeoran de manera sensible.

Lo anterior demuestra que Fossey está a la busca de causas ambientales y más concretamente geográficas de tipo estructural que expliquen la diversidad de México en cuanto a su escala de salubridad. En sus páginas se encuentra la caracterización de México como un país con amplio potencial de catástrofe si no se toma la prevención de establecerse en los sitios adecuados o no se procuran los remedios oportunos al inicio de los desastres. Reveladora es su atención centrada en aspectos telúricos como los temblores y las erupciones de volcanes, de que se habla a continuación.

Fossey se refiere a los temblores de México al escribir sobre la ciudad de Oaxaca, su lugar de residencia provisional. Al explicar estos fenómenos se revela partidario de la teoría de Cordier, quien sostiene que, cuanto más abundantes las lluvias en una región, más frecuentes también los sismos.<sup>27</sup> En Oaxaca, los temblores sobrevienen al mes de iniciada la estación de lluvias y cesan igualmente un mes después de su término. En esta ciudad, según se entera el francés, los habitantes habían tenido ya que dejar sus casas durante seis meses en 1802, cuando los temblores se habían sucedido a un ritmo de 10 a 12 movimientos por día. Esto había impulsado a la población a trasladarse a los llanos de Guadalupe, situados al noroeste de la urbe, para instalarse en barracas.<sup>28</sup> Fossey añade: “Aunque han disminuido mucho la fuerza y el número de los terremotos en el valle de Oaxaca, de un siglo a esta parte, todavía he contado hasta diecisiete en el espacio de seis meses; y dos de ellos fueron tan fuertes que me hicieron perder el equilibrio estando de pie”.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 421.

<sup>27</sup> Fossey, *Viaje...*, p. 189-190.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>29</sup> *Idem.*

Fossey señala los dos tipos principales de temblor, oscilatorio y trepidatorio, siendo este último el que más daños causa una vez alcanzada cierta duración. De cualquier manera, el movimiento oscilatorio también infunde pánico, pues las construcciones y los árboles se mecen, las vigas truenan, las puertas se abren, la cal y el yeso de los muros se desprenden y la gente se dirige a las plazas con paso trémulo y de rodillas, implorando con el rosario la compasión del Creador. Hacia el sureste del estado de Oaxaca los temblores son más intensos, lo que Fossey relaciona con la cercanía de los volcanes activos del Soconusco y Guatemala, cuya actividad causa que “vapores subterráneos” generen tal sismicidad que ninguna construcción pueda rebasar allí los siete u ocho metros de altura.<sup>30</sup>

No es solamente el estado de Oaxaca donde Fossey encuentra enclaves importantes desde el punto de vista sísmico y volcánico. También su residencia en el territorio de Colima implica vivir temblores, esta vez relacionados con una mole volcánica, en concreto con el volcán activo cuya altitud es de 3824 metros, cercano a su vez a otro cono de 3614 metros, según apunta conforme a las mediciones previas del viajero alemán Eduard Harkort.<sup>31</sup> La ciudad de Colima se ha visto repetidamente sacudida por las erupciones del primer volcán, y Fossey reporta que ya en 1806 los temblores causaron el derrumbe de la Iglesia de Zapotlán al celebrarse una misa, con el calamitoso resultado de que la bóveda del templo cayó sobre los fieles y no permitió más sobrevivientes que el sacerdote y otras personas ubicadas cerca del altar y protegidas por una cornisa. En 1818 nuevos temblores se produjeron acompañados de una erupción volcánica, de manera que la ciudad de Colima terminó casi del todo destruida. Los pozos se secaron y varias corrientes de agua ardiente manaron de las grietas formadas en las planicies, además de que la lava se derramó por dos avenidas y en su curso exterminó flora y fauna, además de cegar antiguas corrientes de agua. Situada

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> Harkort vive en México entre 1828 y 1834 y explora Oaxaca, Colima y otras partes del país. Sobre este personaje, véase L. E. Brister, *In Mexican Prisons. The Journal of Eduard Harkort, 1828-1834*, Austin, Texas A & M University Press, 1986, que incluye su diario en México.

al otro lado del volcán, Zapotlán sufrió más daño por las cenizas ardientes que por los temblores en sí. Finalmente, el 3 de octubre de 1847, un nuevo sismo arruinó muchas casas de Colima y Zapotlán, y un gran peñasco situado sobre el borde del cráter, de unos 100 pies de largo y unos 50 de ancho, cayó con un estrépito percibido a cuatro millas de distancia. Fossey no padeció significativamente con estas catástrofes volcánicas en Colima, donde sólo experimentó temblores de baja intensidad.<sup>32</sup> El gran temblor colimense de 1847 lo vivió en la ciudad de México, ocupada entonces por el ejército estadounidense, algunos de cuyos soldados huyeron despavoridos al moverse un carro impactado finalmente contra las ventanas de su cuartel. Fossey afirma que el temblor más fuerte vivido por él en México ocurrió el 7 de abril de 1845, cuando tuvo lugar el desplome de una cúpula en la iglesia capitalina de Santa Teresa. El sismo duró tres minutos y fue el más intenso entre muchos, todos ellos registrados por el francés en su vivienda mediante un péndulo colocado en el plafón que osciló todavía durante algún tiempo tras las sacudidas.<sup>33</sup>

Un interés por México como el de Fossey, quien percibe en él un país muy revelador en cuanto al origen, desarrollo y prevención o moderación de catástrofes epidémicas o derivadas de fenómenos telúricos, es algo que parece indisociable de su apreciación de una naturaleza que en sí se muestra viva y en transformación continua por causa de profundos procesos violentos. Esta especie de fisiología catastrófica del país —llamémosla así— llega a tener un claro impacto en la psicología de los habitantes, según este viajero, como lo constatan sus referencias a los riesgos que se viven dentro de las cuevas y oquedades del suelo, escenarios de transformaciones subterráneas continuas, acompañadas de alusiones curiosas a las peculiaridades de la conducta humana en esos sitios oscuros o en los parajes marcadamente volcánicos de México.

Instructivo es el capítulo VI del *Viaje a México*,<sup>34</sup> que narra una excursión de la ciudad de México a las ruinas de Xochicalco. Ya en

<sup>32</sup> Fossey, *Le Mexique...*, p. 397-399.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 567, nota 84.

<sup>34</sup> Fossey, *Viaje...*, p. 153-165, 306-310.

la sierra de Cruz del Marqués, situada al sur de la ciudad de México, el viajero contempla la veintena de volcanes que bordean el valle, convencido de que sus erupciones no pueden haber ocurrido al mismo tiempo: el escenario muestra un enfriamiento sucesivo, incluso si se admite que algunas explosiones han sido recientes. El camino a Cuernavaca se presenta así impreso en un lecho volcánico de lava y cenizas parduzcas y pesadas que el viento apenas logra levantar. Pasada Cuernavaca, la ruta es hacia las grutas de Cacahuamilpa, descubiertas y estudiadas someramente poco tiempo antes (1833) por el barón de Gros, otro francés, como también lo es el señor De Perdrauville, autor de una expedición realizada a pedido del gobierno mexicano. Si bien Fossey estima que todo este recorrido es de gran belleza e interés, no deja de recordar que en estas sierras del sur de la capital tuvieron lugar escenas de particular crueldad durante la guerra de Independencia, ante todo con españoles capturados por los insurgentes.<sup>35</sup>

Sobre las grutas de Cacahuamilpa, Fossey admite que pueden ser superadas en belleza, amplitud y profundidad si se las compara con las cuevas de Antíparos, de Doubs (Francia), de Mammoth (Kentucky, EU) o las llamadas criptas de Maastricht (Holanda), pero parecen salir airosas en esta comparación si se atiende a la altitud de sus bóvedas y el tamaño descomunal y carácter único de sus formaciones. Éstas tienen tanto la figura de obeliscos como de conos, troncos de árboles y hojas de acanto, con un material calcáreo que va del color negro al amarillo y una decoración natural de cristales que resplandecen significativamente bajo la iluminación. Continuos estruendos subterráneos advierten de la fragilidad de estas bóvedas, en las que varios ríos o corrientes se precipitan para volver a la luz al otro lado de la montaña, donde sus aguas muestran ya otro color por arrastrar los sedimentos de las grutas.

Los estruendos en las cuevas, que advierten a los excursionistas y exploradores sobre el riesgo de un recorrido por las profundidades, se suman a las singularidades advertidas respecto de lo que ocurre en los interiores terrestres. Dentro de las minas, el otro tipo de oscuridad que Fossey observa con interés, todo apunta a un aumento notable de

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 160.



las fuerzas corporales de los seres humanos y de esto resulta esa gran capacidad de carga que se constata entre muchos mineros de México. Fossey parece constatar incluso una correspondencia profunda entre la oscuridad de los socavones y las inclinaciones sombrías del ser humano, como en una especie de continuidad con el atractivo de los lugares volcánicos para las conductas violentas. En *Le Mexique*, afirma que, tras pasar muchas horas bajo el suelo, los mineros se pueden tornar crueles y despiadados, como lo atestigua el caso de uno que por mero capricho arrojó a su propia mujer al abismo cuando ésta le traía la cena.<sup>36</sup>

Fossey vivió pues con gran interés y algo de martirio la diversa realidad geográfica de México, no obstante el gusto con que en general transcurrió su existencia en este país. No sostiene este francés que México esté destinado a ser inhabitable para los colonos europeos, pues le resulta claro que las obras de infraestructura hidráulica y las medidas sanitarias, junto con la atención médica, bien pueden ganar la partida a los miasmas y demás influencias malignas. Lo que sí señala es la no idoneidad de una parte del territorio para una vida enteramente satisfactoria desde el punto de vista de causas geográficas estructurales, siendo lo fundamental el hecho de que las zonas de mayor altitud (peligrosas para la salud) y las cercanas a los volcanes activos (riesgosas para la vida misma) nunca serán del todo controlables o transformables por la mano del hombre. Del dato geográfico estructural de la altitud depende el grado de adaptación de cualquier emigrante europeo y que éste pueda mantener su salud nerviosa y digestiva. De ello dependerá también la idoneidad de los sitios para la colonización europea, esto es, para el establecimiento masivo de los blancos. La cercanía o lejanía de los volcanes determina la intensidad de los sismos y la posibilidad de que el paisaje mismo se vea transformado por una destrucción masiva de fauna, flora y recursos hidráulicos, como ocurrió en el territorio de Colima en 1847. Por lo mismo, el potencial de colonización de individuos de raza blanca varía entre los diversos tipos de medio o “clima”, como Fossey y

<sup>36</sup> Fossey, *Le Mexique...*, p. 429.



los autores franceses genéricamente llaman a este tipo de factor o “influencia” en la vida física y moral de los pueblos, que no queda así limitado a la mera temperatura.<sup>37</sup>

*Denis Jourdanet y su teoría sobre el efecto de la altitud  
en la respiración*

El ya mencionado médico Jourdanet examina en sus escritos el tipo de causas estructurales señaladas por Fossey y estudia cómo el enrarecido aire de las zonas más altas de México influye en las funciones respiratorias de los individuos, con lo que desarrolla una “barometría médica” orientada a explicar el nivel de salud y de patología de quienes viven en esas partes.<sup>38</sup> Su obra traslada así al nivel de estudio médico formal la preocupación por los cuadros patológicos relacionados con la baja densidad atmosférica, siendo injusto que la historia haya dado el mérito de esto al también facultativo Paul Bert, cuando quien en realidad ha planteado originalmente la problemática y la ha estudiado *in situ* en un medio de altitud es Jourdanet.<sup>39</sup> Como resultado de sus indagaciones, este médico sostiene que, desde los 2000 metros, los individuos padecen algo parecido al “efecto de montaña”, es decir ese cansancio y decaimiento que los exploradores y excursionistas europeos experimentan al ascender por los Alpes, no diferente del que Humboldt y demás viajeros describen en sus relatos sobre el ascenso del Chimborazo y otros volcanes americanos. Los músculos se entiesan, la persona sufre mareos y la debilidad se torna el estado general ante la falta de oxigenación en la sangre. Por tener que restablecer la fisiología relacionada con el equilibrio de los gases y los líquidos en la sangre, el cuerpo paga

<sup>37</sup> En esto del clima hay, desde luego, continuidad con Montesquieu, a quien Fossey menciona, junto con Humboldt, como autor inspirador de los pensamientos vertidos en su segundo libro. Véase *ibid.*, p. VI.

<sup>38</sup> Denis Jourdanet, *Le Mexique et l'Amérique tropicale. Climats, hygiène et maladies*, París, J. B. Baillièrre et Fils, 1864, p. v, 22.

<sup>39</sup> Véase la reivindicación de la importancia de Jourdanet en esta teoría, en Gabriel Auvinet y Monique Briulet, “El doctor Denis Jourdanet: su vida y su obra”, *Gaceta Médica de México*, v. 104, n. 4, julio-agosto de 2004, p.426-429.

el precio de un estado muscular y nervioso debilitado, con niveles de vitalidad inferiores a los gozados en zonas de costa o de poca altitud. El resultado es la llamada anemia de las altitudes.

Un país como México, cuyo altiplano está sembrado de continuos hundimientos o descensos de altitud, resulta idóneo para apreciar los respectivos cambios en el estado de salud de la gente conforme se recorren largas o breves distancias, algunas quizás de apenas unos pocos kilómetros. Otros factores considerados por Jourdanet son las estaciones del año, tan marcadas por los cambios de humedad y sequedad, así como la diversidad racial de los pobladores, que varía desde los tipos más autóctonos y secularmente aclimatados hasta los emigrantes europeos como Fossey, deseosos de encontrar un emplazamiento idóneo para su fisiología.

Según Jourdanet, las regiones de unos 1300 metros de altitud (las regiones de Xalapa y Orizaba, por ejemplo) y bien provistas de humedad sobre el altiplano son las más idóneas para los emigrantes europeos y acaso para la generalidad de los tipos raciales, con lo que coincide en el dato brindado por Fossey para estos fines.<sup>40</sup> Asimismo, recomienda a los blancos establecerse en las tierras cálidas de la costa en que la sequedad del suelo o su saneamiento artificial ha desterrado la fiebre amarilla y las enfermedades infecciosas similares. Contra la práctica corriente en viajeros y extranjeros, Jourdanet no atemoriza a su lector sobre el efecto mortal de estas fiebres: asegura que sólo por sus suelos húmedos y las acumulaciones pestilentes contenidas en ellos estas regiones han sido focos tradicionales de tales fiebres. Con sólo sanearlas se tornarían habitables, asegura, puesto que en ellas el aire denso y calentado permite una respiración muy adecuada.<sup>41</sup> La causa geográfica estructural de la buena respiración se hace sentir aquí como

<sup>40</sup> Puede asumirse que Fossey y Jourdanet se conocieron en México e intercambiaron ideas sobre esta temática.

<sup>41</sup> En su *Viaje...*, p. 85, Fossey ha sostenido en sentido semejante a Jourdanet que la famosa enfermedad del vómito prieto de Veracruz (la fiebre amarilla) sólo se torna epidémica si se conjugan tres factores: calor intenso, inmediación de puntos cenagosos y aglomeración de individuos no aclimatados. Con que falte uno de ellos —como podría ocurrir al suprimir puntos cenagosos mediante el saneamiento del sitio—, la enfermedad no cobra dimensión de epidemia.

en todas las demás partes del mundo. Ella dicta que hacia los 2000 metros de altura la fisiología humana relacionada con la respiración comienza a deteriorarse.<sup>42</sup>

Muchos sitios de costa y zonas aledañas del interior en México aún no han sido acondicionados y comunicados como para que en ellos se verifique su potencial sanitario, cuestión que Jourdanet tiene muy presente. Por el momento, el emigrante europeo y la población blanca en general sólo viven saludablemente y sin pérdida de fuerza en las ciudades de Veracruz, Campeche y Mérida, pues es en ellas donde ya hay sitios secos y deforestados, lo cual evita fiebres.<sup>43</sup> De dichos sitios se puede afirmar que sólo permiten lo que Jourdanet llama la “aclimatación individual” de los blancos, pues una reproducción masiva (“aclimatación de raza”) de esta población no se ha producido hasta ahora ahí. El médico sostiene además que, mientras los emigrantes blancos se mantienen fuertes, sanos y longevos en tal medio, sus hijos, sean criollos o mestizos, degeneran y se vuelven más débiles y menos longevos que sus progenitores. De todas formas, estos puntos son más benévolos para los blancos y demás tipos que las poblaciones de Tabasco, donde los suelos húmedos hacen de la zona algo casi inhabitable.

En las regiones elevadas, que albergan a tres cuartas partes de los mexicanos (de todos los tipos), el aire se presenta con un cuarto menos de densidad que en las partes bajas y cercanas al nivel del mar. En estas partes altas los individuos blancos no están positivamente aclimatados, sea en lo individual o general, y esto se debe a las inconveniencias fisiológicas del medio, es decir a esa causa geográfica estructural que Fossey y Jourdanet resaltan. Precisamente la distribución geográfica de la población, concentrada en las ciudades o bien en los cascos de las haciendas, demuestra tal situación. Los blancos prefieren vivir en estos sitios e ir al campo sólo para dirigir los trabajos, no para emprenderlos, pues carecen de las fuerzas

<sup>42</sup> Al término de *Le Mexique et l'Amérique...*, p. 428-450, Jourdanet presenta un resumen de su teoría sobre los efectos fisiológicos nocivos de la altitud.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 121-122. En las p. 117-134 trata Jourdanet de la cuestión de la aclimatación del ser humano en México.

para ello. Los indígenas se han aclimatado bien en las zonas rurales y en ellos recae el trabajo duro.<sup>44</sup>

En consecuencia, si en las zonas bajas se da al menos un aclimata-  
miento individual y no “de raza” entre los blancos, en el altiplano  
no se constata ni lo uno ni lo otro. La situación es paradójica, admite  
Jourdanet, dado el gran número de europeos emigrados a este medio,  
principalmente a ciudades como México y Puebla, aparentemente tan  
agradables. Las malas influencias del medio elevado resultan en ellas  
más dañinas precisamente porque no se manifiestan tan obviamente  
como en el medio caliente y de costa, con sus fiebres periódicas y bien  
conocidas. Las condiciones físicas de estas grandes urbes debilitan  
insensiblemente a los blancos de manera cotidiana, de suerte que muy  
pocos se adaptan para llevar una vida sana, larga y plena, por lo que  
ni siquiera cabe hablar de una aclimatación individual.

A esto hay que añadir algo más: las catástrofes sanitarias que ahí  
suelen aparecer. Mientras que en las zonas bajas las enfermedades  
febriles se temen y evaden, en el altiplano advienen continuamente  
a un nivel individual y cíclicamente a otro masivo, tratándose en este  
último caso de epidemias de cólera o fiebres tipo tífus que arrasan  
estados enteros y causan gran mortandad. Eso es lo que ocurre en  
1854, cuando madame Callegari recibe la atención médica de Jour-  
danet en medio de una situación de desastre. Se trata del mismo  
proceso epidémico de que los historiadores han escrito cuando se  
refieren al *matlazáhuatl*, que a lo largo del tiempo ha diezmando a los  
indígenas en cantidades impresionantes. Jourdanet sostiene ya el ca-  
rácter de tífus de estas enfermedades en su primer libro sobre México,  
*Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'homme*,<sup>45</sup> don-  
de refiere episodios que marcan verdaderas catástrofes demográficas.

La altitud como causa geográfica estructural de debilitamiento  
corporal y vulnerabilidad ante fiebres y otros males, fenómeno ya  
advertido por Fossey mediante sus experiencias personales, es así  
corroborada por Jourdanet a un nivel de estudio clínico e incluso

<sup>44</sup> Jourdanet, *L'air raréfié...*, p. 9, otra obra escrita por Jourdanet sobre la te-  
mática del aire enrarecido y su efecto en la salud humana.

<sup>45</sup> Jourdanet, *Du Mexique au point...*, p. 203, donde refiere las enormes cifras  
de muertos informadas por Juan de Torquemada respecto de las epidemias de  
*matlazáhuatl* en 1545 y 1576.

histórico. Sin embargo, hay una constatación positiva de Jourdanet respecto del altiplano mexicano y sus condiciones sanitarias. Uno de los descubrimientos del médico es que, en una especie de contraste con los inconvenientes del aire enrarecido, las tierras altas de México resultan beneficiosas para los enfermos de tuberculosis, tan poco capaces de reponerse cuando se encuentran en zonas de poca elevación. Por lo mismo, Jourdanet invita a los tuberculosos de Francia y otros países a trasladarse a las poblaciones de gran altitud en México, si es que quieren gozar un alivio significativo o sobrellevar aceptablemente su mal.<sup>46</sup> La diversidad de los medios geográficos mexicanos se corresponde, pues, con la de enfermedades y posibles remedios a éstas. De cualquier manera, que los tuberculosos sean los únicos a los que decisivamente sienta bien la vida en las altitudes mexicanas sólo demuestra lo poco idóneas que ellas resultan, según Jourdanet, para la salud humana en general.

### *Conclusiones*

La preocupación francesa por los efectos de la vida en las altitudes de México constituye un capítulo aún no del todo sondeado por parte de la investigación. No lo ha sido, por lo menos, en lo relativo a la secuencia detallada que de ella se puede trazar en la literatura de viajeros o emigrantes franceses durante las décadas centrales del siglo XIX. Además de Fossey y Jourdanet, también podría incorporarse a la serie a Lucien Biart, un farmacéutico establecido en la zona de Orizaba por estas mismas fechas y autor de numerosos relatos de viajes y expediciones naturalistas en la zona veracruzana y los estados aledaños del sur de México.<sup>47</sup> También en Biart se aprecia un gran interés por los procesos

<sup>46</sup> Jourdanet, *Le Mexique et l'Amérique...*, p. 295-340.

<sup>47</sup> Entre ellas, sus obras quizás más famosas: *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana, 1846-1855* (trad. de Pedro Vázquez Cisneros, México, Jus, 1959) y *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862* (trad. de María Cervantes de Gorozpe, México, Jus, 1962), que es como se han traducido obras originalmente aparecidas en francés en 1862 y 1866 y que han sido publicadas en español en México por la editorial Jus en 1959 y 1962, respectivamente. Los títulos y ediciones en francés fueron *La terre tempérée. Scènes de la vie mexicaine* (París, J. Hetzel, 1866) y *La terre chaude. Scènes de mœurs mexicaines* (París, Jung-Treuttel, 1862).

continuos y violentos de la naturaleza mexicana en zonas tropicales, con apuntes audaces sobre las influencias, correspondencias o coincidencias entre este tipo de eventos y la forma de vida, la psicología y las pasiones de los habitantes. Por razones de espacio no se ha incluido en este texto a Biart, quien de cualquier manera no tematizó tan claramente el tema de las altitudes como Fossey y Jourdanet, acaso por una fuerte orientación romántica con inspiración en Rousseau y Chateaubriand que no se delinea en estos otros viajeros. En Fossey y Jourdanet prevalecen orientaciones positivistas o prepositivistas, con tintes a veces deterministas, muy comunes ciertamente en la ciencia del siglo XIX. Tales inclinaciones dejan huella en las visiones científicas y sociales de esos años, no pocas veces sobre la base del conocimiento geográfico que Humboldt había aportado y ahora se asociaba con la curiosidad sobre el grado de aclimatación de los diversos tipos humanos.<sup>48</sup>

Por lo que toca al tema de las catástrofes sanitarias, la principal aportación de los autores vistos corre por cuenta, desde luego, de Jourdanet, quien no sólo estudia las transformaciones del proceso respiratorio y los efectos fisiológicos colaterales según la altitud, sino que busca poner las bases para el estudio estadístico que permitirá establecer los correlatos entre las diversas razas y su respectivo grado o manera de aclimatación en la América tropical, y los distintos factores del medio o “climas” que intervienen en la situación ambiental.<sup>49</sup> A partir de esto se determina el tipo de higiene adecuada

<sup>48</sup> Sobre la vena un tanto determinista de esta literatura de viaje decimonónica, puede ser de interés del lector consultar mi libro *Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social*. Mühlentpfordt, Sartorius, Fossey, Domenech, Biart, Zamacois, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2000, con énfasis en la vertiente francesa en p. 89-97.

<sup>49</sup> Se constata la inspiración de Humboldt en estos autores interesados en el tema de la aclimatación en diversos medios geográficos, sobre todo mediante un pasaje clave de su *Ensayo*, p. 93, en que el importante viajero expresa la esperanza de que algún día se disponga de un estudio estadístico —o de “aritmética política”, según sus propios términos— que ilustre, entre otras cosas, sobre la longevidad de la especie humana en los diversos climas de México. Desde luego, este tipo de estudio también ha sido impulsado o propiciado por el célebre *Ensayo sobre el principio de la población*, de Thomas R. Malthus, publicado originalmente en 1798 y reeditado con cambios en 1803. Un estudio iluminador sobre la influencia de la literatura de viajes de tema americano en el referido *Ensayo* de Malthus es el de Alison Bashford y Joyce

y las medidas de infraestructura preventivas o atenuadoras más conducentes.<sup>50</sup> En su libro sobre México y la América tropical, Jourdanet reconoce que ese siguiente paso, de tipo estadístico, aún no le es asequible, pero asegura estar poniendo las bases para ello.<sup>51</sup>

Un segundo aporte destacable es el sentido de catástrofe telúrica a que se refieren frecuentemente los autores, sobre todo Fossey, para quien el tema de las calamidades de la naturaleza no se limita a los grandes cataclismos de que la vieja historia natural (Buffon) había hablado, como los grandes incendios terrestres o volcánicos, sino que abarca las coetáneas que de manera continua y cotidiana se presentan tanto en las profundidades terrestres como a la luz del día. Sin embargo, por poner el énfasis en cuestiones de higiene y mortandad, Fossey y Jourdanet incorporan el marco social en que se deben afrontar los riesgos de desastres. La señora Callegari pone de relieve flagelos deliberados en función del cálculo de riesgos y oportunidades, como los incendios de San Francisco. En Fossey y Jourdanet, el marco social de la debacle es más amplio, pues su tema es el potencial de México para la aclimatación europea, y esto con acuciante atención al factor de la infraestructura material y la atención sanitaria.

## FUENTES CONSULTADAS

### *Bibliografía*

AUVINET, Gabriel, y Monique Briulet, “El doctor Denis Jourdanet: su vida y obra”, *Gaceta Médica de México*, v. 104, n. 4, julio-agosto de 2004, p. 426-429.

BASHFORD, Alison, y Joyce E. Chaplin, *The New Worlds of Thomas Robert Malthus. Rereading the Principle of Population*, Princeton, Princeton University Press, 2016.

E. Chaplin, *The New Worlds of Thomas Robert Malthus. Rereading the Principle of Population*, Princeton, Princeton University Press, 2016, principalmente p. 17-53, 116-145.

<sup>50</sup> Con la idea de aportar un conocimiento práctico, al final de su libro *Le Mexique et l'Amérique...* (p. 450), incluye un cuadro con los datos de seis “climas” (i. e. tipos de medio) en México, correlacionando las altitudes con el tipo de enfermedades y refiriendo las poblaciones más conocidas correspondientes a cada tipo de clima.

<sup>51</sup> Jourdanet, *Le Mexique et l'Amérique...*, p. 116.



- BIART, Lucien, *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, trad. de Pedro Vázquez Cisneros, México, Jus, 1959.
- , *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, trad. de María Cervantes de Gorozpe, México, Jus, 1962.
- COVARRUBIAS, José Enrique, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social. Mühlenpfordt, Sartorius, Fossey, Domenech, Biart, Zamacois*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2000.
- DUMAS, Alexandre, *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*, trad. de Juan José Utrilla, intr. de Jacqueline Covo, México, Banco de México, 1981.
- FOSSEY, Mathieu de, *Viaje a México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- , *Le Mexique*, París, Henri Plon, 1857.
- HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, trad. de Vicente González Arnao, ed. de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1966.
- In Mexican Prisons. The Journal of Eduard Harkort, 1828-1834*, ed. de Louis E. Brister, Austin, Texas A & M University Press, 1986.
- JOURDANET, Denis, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'homme*, París, J. B. Baillièrre et Fils, 1861.
- , *L'air raréfié dans ses rapports avec l'homme sain et avec l'homme malade*, París, J. B. Baillièrre et Fils, 1862.
- , *Le Mexique et l'Amérique tropicale. Climats, hygiène et maladies*, París, J. B. Baillièrre et Fils, 1864.
- MEDINA REYES, Gerardo Manuel, *Venidos allende el Atlántico. Inmigrantes franceses en Veracruz, 1821-1861*, tesis de maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- MUNGUÍA ESCAMILLA, Estela, “Henri Mathieu de Fossey: colonizador, profesor y escritor”, en Leticia Gamboa Ojeda, Guadalupe Rodríguez y Estela Munguía Escamilla (coords.), *Franceses. Del México colonial al contemporáneo*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011, p. 67-88.